

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Siempre recordado amigo:

Desde hace mucho tiempo he deseado escribirte varias cartas sobre ciertos hombres simbólicos de nuestro medio. Muchos de ellos, no intelectuales a fuerza, más bien contrarios al ejercicio del pensamiento, aunque bien dotados de inteligencia en sus respectivos oficios.

Pienso que tú, lector amigo, no miras impedimento alguno en la estimación epistolográfica de, por ejemplo, Hugo Sánchez, Fernando Valenzuela, el finado Pedro Infante, y otros de iguales o parecidos méritos en un mundo como el nuestro, en el que se impone así sea de tarde en tarde sacar al sol los best sellers de la identidad.

Como recuerdas, griegos y latinos acogieron siempre con simpatía a sus héroes incruentos, ya deportistas, ya artesanos cultivadores en grado menor de ésta y aquella artes. Siempre y en todo momento comparecían un Píndaro, un Tirteo, un Horacio, un Virgilio, con el afán lírico de cantar en estrofas extremadas los méritos de quienes desgastan el músculo al momento de construir la fama en batallas de pista y campo, o, en su caso, en la arena del circo propicio a la sangre del gladiador.

Pero no sólo griegos y romanos daban salida a la congratulación en beneficio de sus héroes; los aztecas y mayas, según hemos de verlo en códices, esculturas, vasos, estelas y otras formas del testimonio arqueológico, sabían premiar con largueza a su gente esforzada en tareas de la habilidad muscular. Cuántos jugadores de pelota no brindarían su cabeza a los dioses mayores frente a una multitud delirante después de acometer empresas solamente efectuadas por hombres superiores, por hombres simbólicos, como no tendría empacho en llamarlos Carlyle, tan impugnado por los antiindividualistas.

Ya lo miras, pues, querido lector, en qué medida y cómo a petición del mejor ánimo deseábamos evaluar en carta o cartas sucesivas los trabajos de nuestros hércules deportivos, poetas de los pies y el brazo, al momento de hacer rodar un balón o lanzar una pelota cargada de intención astral.

Cuánta descarga de la neurosis intelectualoide al no escribir cartas sobre Wiener enlazado en trabajos memorables con A. Rosenblueth, por ejemplo; el dejar por un momento tranquilo el concepto de solipsismo en el segundo Wittgenstein, o el primero, para el caso es lo mismo, y preferir en cambio el darle rienda suelta a la nostalgia viendo una cinta de Pedro Infante, héroe que, desde siempre, ha vivido en el panteón de los hombres ilustres que todo vecino de barrio lleva en su espíritu.

En fin, los cultivadores del músculo y la sensiblería popular se imponen, y, no se piense que a título de negación de la inteligencia, sino más bien como cuadro referencias para entender llegado el momento a las cimas del pensamiento humano, para decirlo con todo el compromiso retórico del caso.

Pero a decir verdad, nunca hemos podido poner manos a la obra y así presentarte a Hugo Sánchez o Fernando Valenzuela quemando records, debido a falta de información precisa con gusto del instante, es decir, gusto sentido en tal medida urgente que todo es pensarlo como realizar lo que se desea. Esto no ha ocurrido y por lo mismo hemos de dejarlo para otra ocasión y a cambio de ello, querido lector de estos dislates, hemos de referirnos a un hecho cercano cuya conmemoración esperamos esté a la altura del mérito.

Has de saber que Radio UNAM cumple sus primeros cincuenta años el día 14 de junio del presente año, 1987, acontecimiento que servirá a muchos para reflexionar con dilatación acerca de la cultura puesta en punto para ser materia de difusión masiva. La cultura, sí, la misma que preocupa tanto a tirios y troyanos, populistas y elitistas, filósofos y políticos, poetas y prosistas, a todo el mundo, en fin, a título de ocupaciones mayores en un mundo lleno siempre de preocupaciones ingentes.

La cultura en sus varias manifestaciones: musical, literaria, científica, técnica, política, y qué sabemos cuántas cosas más. Pero de todas maneras cultura puesta ahí como el ojo de Dios que todo lo mira para elegir de entre la masa amorfa a los artistas, a los científicos, a los informados, a los enterados y a todos aquellos quienes llevan, como el mexicano la x en la frente, el marbete de cultos.

Y aparte de tales discusiones o reflexiones, Radio UNAM a sus cincuenta años proseguirá en su labor de mostrarnos las interioridades de Brahms, y también de Shakespeare sin que languidezca por falta de cuidados don Marlano Azuela o don Panchito Monterde, uno de los colaboradores más constantes en la nómina de Radio UNAM en su fructífera historia.

Y así como don Panchito, trazan sus retratos de excelentes expositores radiofónicos El de Gortari, Fray Alberto Ezcurdia, Ricardo Guerra, Tomás Segovia, y muchos, muchísimos más, quienes colocados frente a un micrófono pudieron ampliar las dimensiones del aula universitaria y enseñar, al mismo tiempo que doctrinas altamente civilizadoras, en qué forma la locución en el caso es y ha sido sustanciación electrónica de la libertad de cátedra.

Cincuenta años es mucho tiempo y no es nada, según se sopesa el paso de los días. Decía Miguel Angel Asturias que hay siglos que duran un día, al referir los prodigios de la vida en las cosas tocadas por el dedo de los dioses mayas. Cincuenta años sería, en el asunto que nos trae, un mediodía, vale decir el sol del tiempo situado a mitad de su carrera, el cenit. Este intento de alegoría quiere decir que Radio UNAM recibe hoy, a estas alturas del tiempo, la luz de un sol benéfico aquilatado por la difusión de la cultura después de dejarse de lado cualquier forma del sectarismo.

Afligida por las precariedades irraginables, ella, pese a todo, ha sido el vocero natural del Alma Mater; así lo ha mostrado en momentos en los cuales el pensamiento académico debe expresar su solidez y capacidad de persuasión a fin de sacar adelante el destino de un país afectado por contingencias de todo tipo.

Como has de saberlo, lector de todos mis respetos, Radio UNAM debido a su estructura administrativa impide la formación de cuadros profesionales; a esto se suma la falta de equipo y refacciones modernas o por lo menos en buen estado, implementos que sobran en otras dependencias universitarias infinitamente menos importantes pero afortunadas por quién sabría decirlo a tiempo y en su punto.

No es hasta hoy cuando la Radioemisora ha podido empezar los trabajos de ordenación, búsqueda, clasificación, de muchos materiales magnetofónicos de primera calidad. Con decirte que en su Fonoteca se registra gran cantidad de materiales de incalculable valor, todos producto de los esfuerzos heroicos de Raúl Helimer, quien, como sabes, prácticamente creó la investigación de campo antropológico en México, en los afanes del registro de las manifestaciones folklóricas más profundas y significativas. Así, puedes escuchar cintas magnetofónicas que reproducen en la medida de lo posible el ululante sonido de las caracoles ya ceremoniales, ya domésticas, ya de guerra, que ensayaron los distintos grupos étnicos mayoritarios en un pasado bastante remoto.

Debido a los oficios de Raúl Helmler (mister gringo Helimer) puedes viajar por el río Papaloapan escuchando el tañer picaresco de la jarana, entreversado por letras de doble, triple, cuádruple sentido, a título de testificación de la existencia verdadera del albur como sería donosa del habla nacional. Y también a los grupos indígenas transculturizados debido a la doctrina cristiana de los modernos misioneros. Resulta patético oír las voces de muchísimas mujeres encerradas bajo las bóvedas de un tenipo católico de Tzintzuntzan, entonando un alabado a la Virgen María. Lo que aquí impresiona es la pureza en la recolección o grabación electrónica, en tal grado que piensas en un documento vivo de valor permanente tanto por su frescura de inminente inmediatez como por su contenido situado más allá de toda nostalgia, en la saudade misma, pues.

Y si te abismas más y mejor en los materiales que contiene la Fonoteca, vas a darte de manos a boca con las palabras de Gabriel García Márquez impartiendo un cursillo sobre la nueva novelística hispanoamericana.

Y si esto no bastara a satisfacer el espíritu, entonces he de rogarte pedir al culto y caballeroso señor don Jorge Carrancá, que te muestre (en forma auditiva, se entiende) las canciones que le fueron grabadas en situ a doña Graciela Olmos, de alias ampliamente conocido. ¿De verdad conoces tú, lector ambicioso de poder intelectual, la picaresca mexicana? En caso de faltarte algo para completar el doctorado en esta materia, crudo doctorado, entonces registra las canciones escritas por esta inteligente mujer, astro de lupanares y señora del trueno. En ellas podrás reconocer alusiones directas, soslayadas, simples menciones, inocentes, con mala leche, a altos personajes del mundo de la banca. En efecto banca; no es necesario decir de la política, porque político que se precie es banquero o antes o después de su ejercicio administrativo.

¿Verdad que tú, como nosotros, amas profundamente la poesía de Pedro Garfias? A este propósito quiero contarte lector intemporal y feliz, que este gran poeta español dejó la huella de su voz en celebrada cinta que ha de guardar, sin duda, la fonoteca universitaria. El asunto no se trata de un registro más; el hecho magnífico es que la grabación le lleva el pulso a la ebriedad que Garfias iba obteniendo conforme imprimía su participación magnetofónica. En efecto, al primer minuto de la grabación correspondió el primer largo sorbo de tequila; al segundo, el segundo; al tercero, el tercero, de suerte que al llegar al minuto número quince, Garfias ya se había echado a llorar con el desconsuelo, como él mismo lo diría, del ternero que perdió a su madre mientras esplenden las estrellas.

Quizás haya constancia de una viejísimo cinta grabada en 1962. El asunto corre así, una actriz farnosa hoy, con 25 años menos, por lo mismo bastante joven, bella e insufriblentemente vanidosa y despótico, debía decir al micrófono un parlamento de la Malini, de Tagore, poeta hindú tanto y largamente ahominado por Borges. La actrícita en su papel de hija del rey, debía decirle algo parecido a “Padre, a mí los pobres del mundo me encontrarán con los brazos abiertos.” Llegado el instante preciso de hablar, la bella entornó los ojos, asedó la voz y con la mejor dicción emitió las palabras del caso, solamente que con una variante. En lugar de brazos dijo otra palabra que, puesta en el punto de observación de un analista, expresaría las apetencias de la joven.

Y ya que de anécdotas se trata, vale la pena recordar el día que una locutora de gracia física y espiritual apreciables pero no avezada en literatura argentina, al hallar en un texto las siglas seguidas de un apellido. “D. F. Sarmiento”, creyó muy puesto en su sitio leer al oído multiplicante del micrófono- “Distrito Federal Sarmiento.”

Cosas son tejidas por el azar, dinámica en su punto de máxima aceleración hasta llegar al atolondramiento que, en muchos casos, es el autor de los dislates, de las confusiones fonéticas, del acarreo involuntario del humor como hubo de ocurrirle al excelente comunicador Juan Rodríguez Yerena, quien, en los días que dieron marco a los años 68, en lugar de decir Corona del Rosal, dijo Corona del Clavel, respondiendo de esta manera al calambur, la aliteración, y todo aquello que conjugan lengua y subconsciente individual y colectivo, al emitirse los juegos de palabras ya “facturados” por el albur.

Sin embargo, en Radio UNAM no ha ocurrido lo que en otras Radioemisoras culturales de bien ganado prestigio. En una de ellas, y no la menos relevante, un spicker anunció así: Van a escuchar ustedes a continuación, de la obra Una noche en los jardines de España, de don Manuel de Falla, “El general life. . .” así, en texano, siendo que el nombre es “El generalife”, voquible de procedencia árabe, sin duda.

En otra radioemisora, se anunció la interpretación de la orquesta Rias, de Berlín, de La noche, de Walpurgis, autor que, a todas luces, el microfonohablante se sacó de la manga.

Y para terminar con esta ligera visión en donde lo donoso se impone al atolondramiento, queremos referirte lector amigo que en Radio Universidad, tanto y bien abierta a todas las expresiones de la cultura, también hay términos vitandos provengan de donde provinieran. No muchos pero sí lo suficientemente cargados de riesgo como para no extirparlos de los textos. Y no se trata de palabrotas muy a la mexicana, como ... bueno y (?) a veces necesarias para no restar realismo a cuanto lo tiene. No, se trata de palabras la mar de inocentes, como el voquible verdugo. Más de una vez ha ocurrido que el término en boca de señoritas, debido a extraños malabarismos del anagrama se transforme en otro término, lo cual echa a perder, a todas luces, el sentido estricto de un texto o científico o artístico.

Al propósito se recuerda la actriz de campanillas que, frente al micrófono, debía decir una lección poética de un maestro cuyo nombre no puedo precisar. La lección pedía: “Y buena cuenta dará el verdugo de mi cuerpo”. Decir qué ocurrió equivaldría a invocar la impetuosidad del rubor acudiendo a las mejillas de tan celebrada actriz, poco aficionada a las morcillas y otros expedientes propios de caricatos en busca, sobre todo, de carpas populacheras. Parece ser que solamente pocos alcanzaron a registrar la confusión fonética, y quienes, amables y beneficiadoras de la duda, pensaron más bien en una infidelidad del oído.

La verdad es que un buen corrector de estilo en Radio UNAM, sabe suplir la palabra verdugo por matarife, sicario, torturador, sayón, carníface, ganzúa, vigolero, mochín, broche, y otros términos que responden a dicha profesión.

En Radio UNAM todavía, y han pasado cincuenta años de su vida institucional, no se ha podido dar la visión completa de la novela realista italiana, porque en cuanto el lector o lectora deben citar el nombre famoso de Goyanni (el de la mala palabrota), lo acomete un ataque de risa que impide la realización del trabajo de grabación. Muchas veces se ha intentado y no ha sido posible que este autor, no el menor en el panorama actual de la novelística italiana, pueda recibir el homenaje que se merece.

Y así, burla burlando, lector doblemente amable y tolerante, hemos avanzado en esta carta cuyo propósito, está a la vista, es recordar la fundación de Radio UNAM hace cincuenta años, siendo a la sazón rector de la Casa de Estudios el licenciado Chico Goerne y presidente de la República el general Lázaro Cárdenas. Y según ha sido fácil establecerlo, el primer director de la radioemisora universitaria lo fue el doctor Alejandro Gómez Arias’ algo más, algo menos, que verbo de las jornadas de 1929 que culminaron con la Autonomía universitaria.

Y mientras esto ocurría, (1937), había llegado León Trostky a México y el general Plutereo Elías había cesado de ejercer el tutelaje sobre la revolución institucionalizada, puesta en los derroteros que la historia moderna prescribía. Derroteros cercados por el nazifascismo en crecimiento, el imperio del dinero en sucesivos Eras, la demanda de tierras y más tierras de conformidad con las promesas arrancadas por el movimiento armado a una Revolución agobiadora y sangrienta. Y como lo sabes, lector de tantos merecimientos, en esto no paraba todo, porque la educación socialista se abría camino en la forma más dramática a los ojos de cierto neoplatonismo o neocriticismo refugiado en la Universidad, desasistida por muchos de sus hijos.

En este panorama aparecería Radio Universidad, a un año justo antes de la expropiación petrolera, hito en la historia de la liberación contemporánea de México. Y resulta de oportunidad mencionar aquí que el segundo director de Radio UNAM, en orden de tiempo, lo fue el licenciado Rafael López Malo, hijo de Rafael López, el poeta antiimperialista. Rafael López Malo, como ha de recordarse, además de ilustre universitario, formó parte en el lúcido grupo de intelectuales que, juntamente con el maestro Lombardo Toledano, impulsara el pensamiento mexicano hacia una mayor y más eficaz concepción libertaria, que halló concreción en la Expropiación Petrolera.

A lo mejor amigo de mis entretelas, habrá de aburrirte leer cosas que sabes de memoria, pero si eres indulgente, virtud que cuenta entre las mayores en tu persona, convendrás en que vale la pena referir no una, ni dos, sino muchas veces ciertas cosas que no deben ser olvidadas o desconocidas por las nuevas generaciones. Creo que Ezra Pound decía que lo bueno y bello debe repetirse porque la mala memoria de la gente incurre en la injusticia de ignorar lo que debe tener presente. Por ello insisto, querido lector, en recordar que en Radio Universidad, los trasterrados españoles hallaron refugio seguro, lo cual magnificó los servicios de este medio de comunicación tan modesto y, a veces, olvidado por las mismas autoridades más distraídas con el relumbrón de lo televisivo que por la sabiduría de la palabra adoctrinada en la electrónica. Así son las cosas; bien te consta que a Radio UNAM sólo de tarde en tarde, como de limosna, le sueltan premios de contenidos poco más o menos peregrinos, siendo que ella por hallarse a la vanguardia del pensamiento y el sentimiento artístico, a diario nos condecora con las producciones más celebradas de la humanidad, de hoy y siempre.

Si no te parece excedido cuanto hemos dicho, no debemos partir sin antes dejar testimonio de admiración y afecto al Doctor Efrén C. del Pozo (Secretario General de la Casa de Estudios durante el rectorato del doctor Nabor Carrillo), al doctor Pedro Rojas, al gran escritor Max Aub y al ingeniero Javier Barros Sierra, todas a una, cada quien en su campo, impuso un sello, una dinámica, un estilo a Radio UNAM, sabiéndola rescatar de los redentores de la llamada “cultura popular”, quienes estiman que el pasado debe ser lápida de sí mismo y ocupar un lugar en los cementerios. Estas personas, como sabes, son los profetas de la Salsa, la que, según sus doctrinas, pertenece a nuestra época, y por ello, debe transmitirse a todos los ámbitos sin ninguna taxativa.

Debemos agradecer a quienes han sabido rescatar a Radio UNAM de la demagogia elitista. No sólo de Bach y Bruckner vive el público, lo cual quiere decir que todas las corrientes artísticas y de pensamiento deben tener cabida. ¿Recuerdas a Radio UNAM en su papel de tesonero informador con motivo de la invasión a Bahía de Cochinos? El fragor ideológico, reiterado, balbuceant a ratos, caracterizado con tono mayor en otros, en ocasión de los desastrosos sucesos de 1968, ésta y otras jornadas confrieron a Radio UNAM un altísimo trofeo por estar en su función y a tiempo en el lugar histórico que le corresponde. No otra cosa hizo los primeros meses del año que corre durante las 24 horas del día, tiempo en el que las voces mas discímiles, mas opuestas, más puras y serenas mas pedantes y estropeadas por la cólera, produjeron, quisieron producir, su verdad en los mundos de la verdad académica, política, cultural.

Así las cosas, yéndose a la evaluación constante de este medio de difusión por parte de todos en conjunto y en lo individual, lo probable es que Radio UNAM pronto salga de sus precariedades, pronto se personalice (si, se profesionalice) y de pasada se le dé, sobre toda cosa, las instalaciones modernas, funcionales, eficaces que se merece.

Todo ello a fin de que siga produciendo personalidades de la información a la altura de carlos Monsiváis, creador de El Cine y la Crítica, serie de programas no superada aún por radioemisora alguna; Tomás Mojarro, el más combativo, el más justo, el más lúcido, el más patético, el más tierno, duro, terrible, exacto y verás en llegar al meollo de las cosas que nos duelen. Escúchalo una y otra vez, amigo nuestro, no te impidas ser parte de la catarsis que produce este excelente novelista y periodista del diario vivir. Compléméntate con todos quienes nos sometemos al psicoanálisis acuñado en barriadas, en pulquerías, en antesalas del ministerio, en buhoneras de los líderes obreros y campesinos, en la palabra misma de Agustín yañez, de rulfo, de arreola, de Alfonso Reyes, y de otros muchos que han sentido por México, sobre todo, el fluir de un discurso atormentado pero claro en sus propósitos proveniente de la realización de reivindicaciones que todos esperamos.

Y ahora sí, de verdad, a un paso de poner punto final a esta riolada de cosas de distinto sentido y vida, como si se tratara de una silva de varia naturaleza, vamos a rendir homenaje, mínimo, a Don Juan Rodríguez Yerena, hombre de radio por cuatro costados que rodean su rolliza persona. sabe producir programas sobre economía política, atisbar en los veneros de la ciencia, las letras, el angelismo significado en el folklore, todo ello dirigido a hacerlo sencibilidad hertziana, si permites el dentalizado adjetivo; pero sobre todo, don Juan es hombre que sabe hacer lo que pocos: hablar. ¿Quieres aprender a fonetizar, sobre la marcha, mi dilecto?, pues escúchalo pronucniando nombres castellanos, catalanes, portugueses, y , lo más sorprendente es oírle decir los nombres de los instrumentalistas, directores, artilistals y nombres de cantantes de intrincada pronunciación en castellano. para muchos la empresa de don Juan al enumerar sin vacilaciones y con perfecta entonación tudesca los nombres de quienes participan en una Cantata de bach, cualquiera que ella sea, es algo de ser imitado, porque dicente electrónico, don Juan, nunca ha dejado de aplicarse al aprendizaje de las bases fonéticas en todos los idiomas civilizados, y no solamente nombres sino locuciones o frases de apreciable longitud. A él, pues, se debe buena parte del estilo que ha identificado a Radio UNAM, en contra de los bisoños, cuya enunciación cojea por todos lados, en particular por el que le corresponde a la corrección.

Juntamente con Juan Rodríguez Yerena, se halla el artista Raúl López Malo, conocedor y auditor de todas las expresiones musicales reconocidas como parte del mundo de ayer y hoy. No se les escapa nada. El mismo, pianista, sabe establecer interioridades de ciertas composiciones y sus autores al ver en ellos con ojos (oídos) atentos a las diferencias impuestas por las técnicas y modos de la concepción en melodías provenientes del espíritu social o del individualismo de los llamados a permanecer en la historia de la música en calidad de excepción, v.g. Bartok, Charles Ives, Alban Berg. El, como jefe de programación de Radio UNAM, también

condujo el estilo hacia altitudes apreciables, y así como él y Juan Rodríguez Yerena debe ser mencionado el técnico en electrónica, Rodolfo Sánchez Alvarado, de talentos en el campo de sus oficios reconocidos nacional e internacionalmente. A este hombre, amigo queridísimo, se le ha llamado algo más, algo menos, que el Stockhausen mexicano, atribución que él escucha no sin dar lugar al rubor; pero, siempre modesto, arguye que no llega a ser ni siquiera el Pierre Henry de San Pedro de los Pinos, colonia en donde vive.

Y por este camino van José García Márquez y Flor Alfonzo, investigadores de la canción mexicana, la cual no ven en sus muy conocidas cunas, sino la remontan al principio de los tiempos de la humanidad, tal y como lo muestran al pulsar la guitarra y poner los ojos en blanco para hacer desfilas, en virtud de tonadas bien moduladas y mejor temporadas, personas, cosas, hechos que, de tan viejos, viven en nuestra alacena de cada día.

Pilar Orraca, de cuya belleza los poetas más extremados han seguido los caminos hacia la confesión lírica, también dio a Radio Universidad su contribución en estilo, gracia y proyección. Y para no fallarle, aquí cabe, también, el nombre del ahora doctor Gildardo Martínez Vallejo, locutor, gran partidario de Brahms y Mahler, organizador de las primeras jornadas de información psicoanalítica hace cosa de 30 años, las que tuvieron por actores al doctor Luis Lara Prado y Santiago Ramírez, entre otros.

Y aquí pongo el punto antes mencionado, querido lector amigo, enviando (me hago cargo de lo horroroso del gerundio en este caso) un saludo nopalítico (de nopal) a don Ignacio Bill Chávez, quien durante más de cuarenta años ha operado la puesta y quita de discos y cintas magnetofónicas en consolas y reproductoras de esta radioemisora que hoy ocupa nuestra cincuentenaria atención. Asimismo, enviamos nuestra más cálida felicitación a la Licenciada Beatriz Barros Horcasitas, actual directora de Radio UNAM, y a cuyo cargo está continuar, reconstruir y conservar las nobles tradiciones de una institución puesta al servicio de los olifantes (trompetas) de la libertad de cátedra traducida a la difusión de la cultura, pero la verdadera, no la que adquiere calidez de guante, por ello ad hoc para calzar cualquier mano: las puras y asimismo las impuras, para el caso más las segundas que las primeras.

Y sin más rollos que echarte, queridísimo lector, hemos de celebrar a tu manera, por ser tuya siempre la mejor, el Cincuentenario de Radio UNAM, la que, pese a muchos, los que la gozamos y la padecemos, avanza hacia su primer centenario. Hallazgo más cercano, más jocundo.

Todo el afecto de  
CARLOS ILLESCAS

Pdt.: Como no hay carta sin postdata que se precie de serlo, la siguiente es para encarecerse no quitar el ojo de Ana Ofelia Murguía, escuchar la serie “Del plato a la boca”, la reconstrucción del pasado inmediato en la guitarra y voz de Manuelita Aleffia. Y en manera particular saludar la excelente pronunciación jerarquizado por la voz de Alejandro Quijano, de larga prosapia cultural. Vale.